

sistemas imaginarios; pero en la realidad se adelanta poco ó nada: las evoluciones que finge el observador, no se parecen á las de la naturaleza; y el verdadero filósofo debe examinar, no lo que en su concepto pudiera haber, sino lo que hay.

Condillac animando progresivamente su estatua y haciendo dimanar de una sensacion todo el caudal de los conocimientos humanos, se parece á aquellos sacerdotes que se metian dentro de la estatua del idolo y desde allí emitian sus oráculos. No es la estatua que se va animando lo que piensa y habla, es Condillac que está dentro. Concedámosle al filósofo sensualista todo lo que quiera; dejémosle que arregle á su modo la dependencia respectiva de las sensaciones; todo se le desconcierta desde el momento que le exijis que no discurra sino con sensaciones puras, por mas que las suponga transformadas. Pero reservemos estas cuestiones para el lugar en que examinaremos la naturaleza y el origen de las ideas.

62. ¿Por qué estoy seguro de que la grata sensacion que experimento en el sentido del olfato procede de un objeto que se llama *rosa*? Porque así me lo atestigua el recuerdo de mil otras ocasiones en que he experimentado la misma impresion, porque con el testimonio del olfato están de acuerdo el tacto y la vista. Pero ¿cómo puedo saber que estas sensaciones son algo mas que impresiones que recibe mi alma? ¿por qué no he de creer que viene de una causa cualquiera, sin relacion á objetos externos? ¿Será porque dicen lo contrario los demás hombres? ¿Me consta que existan? ¿Y cómo saben ellos lo que me dicen? ¿cómo sé que los oigo bien? La misma dificultad que se ofrece con respecto á los otros sentidos existe en cuanto al oido; si dudo del testimonio de tres, ¿por qué no dudo del de cuatro? No adelanto pues nada con el racionio; este me conduciría á

cavilaciones tales, que me exigirian una duda imposible, que me arrancarian una seguridad de que no puedo desprenderme por mas esfuerzos que haga.

Además, si para apoyar la verdad de la sensacion apelo á los principios del racionio, ya salgo del terreno de las sensaciones, ya no pongo en estas la verdad primitiva origen de las otras, no cumplo lo que habia ofrecido.

63. De lo dicho resulta: 1.º que no se encuentra una sensacion origen de la certeza de las otras, lo que me he contentado con indicarlo aquí, reservándome demostrarlo al tratar de las sensaciones; 2.º que aun cuando existiese esta sensacion, no bastaria á fundar nada en el orden intelectual, pues con las solas sensaciones no es posible ni aun pensar; 3.º que las sensaciones lejos de poder ser la basa de la ciencia trascendental, no sirven por si solas para establecer ninguna ciencia; pues de ellas como hechos contingentes no pueden dimanar las verdades necesarias (V).

---

## CAPÍTULO VI.

CONTINÚA LA DISCUSION SOBRE LA CIENCIA  
TRASCENDENTAL.  
INSUFICIENCIA DE LAS VERDADES REALES.

64. Ha sido conveniente rebatir de paso el sistema de Condillac, no por su importancia intrínseca, ni porque no esté ya bastante desacreditado, sino para dejar el campo libre á investigaciones mas elevadas, mas propiamente filosóficas. Es preciso no perder ocasion de indemnizar á la filosofia de los perjuicios que le irrogara un sistema tan vanidoso como estéril.

Todo lo mas sublime de la ciencia del espíritu desaparecia con el *hombre-estatua*, y las sensaciones transformadas; vengüemos pues los derechos de la razon humana, manifestandó que antes de entrar en las cuestiones mas trascendentales, le es indispensable descartar el sistema de Condillac; como para construir un buen camino se quita ante todo la broza que obstruye el paso.

65. Vamos ahora á probar que en el órden intelectual humano, tal como es en esta vida, no existe ningun principio que sea fuente de todas las verdades; porque no hay ninguna verdad que las encierre todas.

Las verdades son de dos clases: reales ó ideales. Llamo verdades reales á los hechos, ó lo que existe; llamo ideales el enlace necesario de las ideas. Una verdad real puede expresarse por el verbo *ser* tomado sustantivamente, ó al menos supone una proposicion en que el verbo se haya tomado en este sentido; una verdad ideal se expresa por el mismo verbo tomado copulativamente, en cuanto significa la relacion necesaria de un predicado con un sujeto, prescindiendo de la existencia de uno y de otro. *Yo soy*, *esto es*, *yo existo*, expresa una verdad real, un hecho. *Lo que piensa existe*; expresa una verdad ideal, pues no se afirma que haya quien piense ni quien exista, sino que si hay quien piensa, existe: ó en otros términos, se afirma una relacion necesaria entre el pensamiento y el ser. A las verdades reales corresponde el mundo real, el mundo de las existencias; á las ideales el mundo lógico, el de la posibilidad.

El verbo *ser* se toma á veces copulativamente sin que la relacion que por él se expresa sea necesaria; así sucede en todas las proposiciones contingentes ó cuando el predicado no pertenece á la esencia del sujeto. A veces la necesidad es condicional, es decir

que supone un hecho; y en tal caso tampoco hay necesidad absoluta, pues el hecho supuesto es siempre contingente. Cuando hablo de las verdades ideales, me refiero á las que expresan una relacion absolutamente necesaria, prescindiendo de todo órden á la existencia; y por el contrario, comprendo entre las reales á todas las que suponen una proposicion en que se haya establecido un hecho. A esta clase pertenecen las de las ciencias naturales, por suponer todas algun hecho objeto de observacion.

66. Ninguna verdad real finita puede ser origen de todas las demás. La verdad de esta clase es la expresion de un hecho particular, contingente; y que por lo mismo no puede encerrar en si ni las demás verdades reales, ó sea el mundo de las existencias, ni tampoco las verdades ideales que solo se refieren á las relaciones necesarias en el mundo de la posibilidad.

67. Si nosotros viésemos intuitivamente la existencia infinita, causa de todas las demás, conoceriamos una verdad real origen de las otras; pero como esta existencia infinita no la conocemos por intuicion, sino por discurso, resulta que no conocemos el hecho de la existencia en que se contiene la razon de todas las demás existencias. Despues que por el discurso nos hemos elevado á dicho conocimiento, tampoco nos es posible explicar desde aquel punto de vista la existencia de lo finito por sola la existencia de lo infinito; porque si prescindimos de la existencia de lo finito, desaparece el discurso por el cual nos habiamos elevado hasta el conocimiento de lo infinito, y por consiguiente se hunde todo el edificio de nuestra ciencia. Dad á un hombre por medio del discurso la demostracion de la existencia de Dios, y pedidle que prescindiendo

36860

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

del punto de partida, y fijándose solo en la idea de lo infinito explique la creación, no solo en su posibilidad sino en su realidad, no lo podrá verificar. Con solo prescindir de lo finito se hunde todo su discurso, sin que ningún esfuerzo sea bastante á evitarlo; se halla en el caso de un arquitecto á quien, habiendo construido una soberbia cúpula, se le exigiese que la sostuviera, quitando el cimiento al edificio.

68. Tómese una verdad real cualquiera, el hecho mas seguro, mas cierto para nosotros, nada se puede sacar de él si no se le fecunda con verdades ideales. Yo existo, yo pienso, yo siento. Hé aquí hechos indudables; pero ¿qué puede deducir de ellos la ciencia? nada: son hechos particulares, contingentes, cuya existencia ó no existencia no afecta á los demás hechos ni alcanza al mundo de las ideas.

Estas verdades son de puro sentimiento; en si solas nada tienen que ver con el orden científico, y solo se elevan hasta él cuando se las combina con verdades ideales. Descartes al consignar el hecho del pensamiento y de la existencia, pasaba sin advertirlo del orden real al orden ideal, forzado por su propósito de levantar el edificio científico. *Yo pienso*; decía. Si se hubiese limitado á esto, se habría reducido su filosofía á una simple intuición de su conciencia; pero queria hacer algo mas, queria discurrir, y por necesidad echaba mano de una verdad ideal: *Lo que piensa existe*. Así fecundaba el hecho individual, contingente, con la verdad universal y necesaria; y como habia menester una regla para conducirse en adelante, la buscaba en la legitimidad de la evidencia de las ideas. Por donde se echa de ver como este filósofo, que con tanto afán buscaba la unidad, se encontraba desde luego con la

triplicidad: *un hecho, una verdad objetiva, un criterio*. Un hecho en la conciencia del yo; una verdad objetiva en la relación necesaria del pensamiento con la existencia; un criterio en la legitimidad de la evidencia de las ideas.

Se puede desafiar á todos los filósofos del mundo á que discurren sobre un hecho cualquiera sin el auxilio de las verdades ideales. La esterilidad que hemos encontrado en el hecho de la conciencia, se hallará en todos los demás. Esto no es una conjetura, es una demostración rigurosa. Solo una existencia contiene la razón de todas las demás; en no conociéndola pues de una manera inmediata, intuitiva, nos es imposible encontrar una verdad real origen de todas las otras.

69. Aun suponiendo que en el orden de la creación hubiese un hecho primitivo de tal naturaleza que todo el universo no fuera mas que un simple desarrollo suyo, tampoco habríamos encontrado la verdad real fuente de toda ciencia; pues con esto nada adelantariamos con respecto al mundo de la posibilidad, es decir, al orden ideal infinitamente mayor que el de las existencias finitas.

Supongamos que el progreso de las ciencias naturales conduzca al descubrimiento de una ley simple, única, que presida al desarrollo de todas las demás, y cuya aplicación, variada según las circunstancias, sea suficiente para dar razón de todos los fenómenos que ahora se reducen á muchas y muy complicadas. Este sería sin duda un adelanto inmenso en las ciencias que tienen por objeto el mundo visible: pero ¿qué sabríamos por esto del mundo de las inteligencias? ¿qué del mundo de la posibilidad? (VI.)